

Bajo la mole
Fragmentos de civilización

Antonio Gramsci

sequitur

Antonio Gramsci
Bajo la mole
(1916-1920)

Nacido en Ales, provincia de Cagliari, Cerdeña, el 22 de enero de 1891, de un padre funcionario y una madre ama de casa, Antonio Gramsci completará sus estudios primarios y secundarios en la isla, para trasladarse, gracias a una beca de estudios, a Turín en 1911 e inscribirse en la Facultad de Filosofía y Letras.

Gramsci vive, en condiciones precarias, sus años universitarios en una ciudad que ya no es tanto aquella cuna liberal del *Risorgimento* como un polo de industrialización –dominado por las fábricas Fiat y Lancia–, con alta concentración obrera y una activa organización sindical.

En este contexto, el estudiante Gramsci fortalecerá su ideología socialista; estudiará los procesos productivos y la estructura organizativa de las fábricas y apostará por conseguir que los obreros adquieran "conciencia y orgullo de productores". En 1913, adhiere al Partido Socialista Italiano. En 1914, empieza a colaborar con el periódico *Il grido del popolo* [El grito del pueblo]. En 1915, completa sus estudios universitarios y, en diciembre, se integra en la redacción turinesa del *Avanti!* [¡Adelante!], el periódico del Partido Socialista Italiano, fundado en Roma en 1896, si bien en el año 1911 trasladó su redacción central a Milán. Han sido directores del *Avanti!*, entre otros, Pietro Nenni (1922-1948), Sandro Pertini (1949-1951), Bettino Craxi (1978-1981) o Benito Mussolini (1912-1914), que lo prohibiría en 1926.

Durante cinco años, aunque más intensamente entre 1916 y 1918, Gramsci escribirá la columna "Sotto la Mole", dedicada a comentar, desde la inmediatez y a la sombra de la Mole Antonelliana que domina la ciudad, el discurrir de la vida turinesa. Pero más allá del prisma municipal, sus artículos reflejan el contexto de un país que, en 1915, pasó de la neutralidad a la beligerancia, de un país que se debate en la definición de un modelo económico, en la superación del modelo social y político de una burguesía dominante, más católica-estatalista que liberal-industrializadora, ante una revolución que se avecina, etc.

Artículos, de los que aquí se propone una selección, que revelan una personalidad culta, curiosa, crítica e irónica, anticlerical, esperanzada pero realista, en transición desde el viejo socialismo al nuevo comunismo, etc., la personalidad de Antonio Gramsci, hombre de pensamiento, hombre de acción.

Índice

Año nuevo	9
Exclusión	10
Temas para una maestra municipal	11
La buena prensa	12
En defensa de un ladrón	13
La reforma de la policía	14
La conferencia y la verdad	16
Deformaciones	17
Perros rabiosos	18
Los trompetistas	20
Los buenos hábitos	22
Brujería	23
Mentalidad patriarcal	24
El tendero de los borrachos	26
Sofismos curialescos	27
Jóvenes decrepitos	29
Productos nacionales	31
Leyes económicas	32
Audacia y fe	34
La Consolata y los católicos	35
Conciencia tributaria	37
Antigüedades	38
14 de julio	40
El loco	41
Llamamiento a los párvulos	42
Acusados	44
Veterinario de película	45
El código de Pralungo	47
Lucha de clases y guerra	48
Derecho común	50
La indiferencia	51
La historia	53
Virutas	55
La escuela en la fábrica	56

Dos peras	58
Unidad	58
Faracovi	60
Estados de ánimos	62
La idea territorial	63
El hombre que espera algo	64
El vientre	66
Migraña	67
Simplicitas	68
Breviario para laicos	70
Preocupaciones	71
Cadáveres e idiotas	73
Prometeo monopolizado	75
Entre yo y yo	76
Profanaciones	78
El acaparador	79
Los católicos son insaciables	81
El cangrejo y la marmota	83
Progreso en el callejero	84
Pequeñas cosas	86
La hora de los pueblos	87
La calumnia	88
Demagogia	90
Racionamiento epistolar	91
El mono jacobino	93
Garabatos	94
Se pregunta la censura	96
Historia de un hombre que se golpeó la nariz contra una farola	97
La última traición	98
Apocalipsis	101
Vulgaridad	102
Modernidad	103
Elogio al ladrón	105
Cocaína	106
El tabaco	109
Los días	110

La libertad de divertirse	112
Mercancía	113
Pasividad	114
Elegía por el rojo	116
¡Vida nueva!	117
El desorden	119
El morbo español	121
El fútbol y la escoba	122
El pasivo	123
Las causas de la guerra	125
Deslealtad	126
A quien no se debe amar	128
La censura	129
El periódico-mercancía	131
Un soviet local	132
Los balances rojos	135
El burdel bolchevique	136
Los revienta-mítines	138
La muerte de un ladrón	139

AÑO NUEVO

Cada mañana, cuando me despierto otra vez bajo el manto del cielo, siento que es para mi año nuevo.

De ahí que odie esos año-nuevos de fecha fija que convierten la vida y el espíritu humano en un asunto comercial con sus consumos y su balance y previsión de gastos e ingresos de la vieja y nueva gestión. Estos balances hacen perder el sentido de continuidad de la vida y del espíritu. Se acaba creyendo que de verdad entre un año y otro hay una solución de continuidad y que empieza una nueva historia, y se hacen buenos propósitos y se lamentan los despropósitos, etc., etc. Es un mal propio de las fechas.

Dicen que la cronología es la osamenta de la historia; puede ser. Pero también conviene reconocer que son cuatro o cinco las fechas fundamentales, que toda persona tiene bien presente en su cerebro, que han representado malas pasadas. También están los año-nuevos. El año nuevo de la historia romana, o el de la Edad Media, o el de la Edad Moderna. Y se han vuelto tan presentes que a veces nos sorprendemos a nosotros mismos pensando que la vida en Italia empezó en el año 752, y que 1192 y 1490 son como unas montañas que la humanidad superó de repente para encontrarse en un nuevo mundo, para entrar en una nueva vida. Así la fecha se convierte en una molestia, un parapeto que impide ver que la historia sigue desarrollándose siguiendo una misma línea fundamental, sin bruscas paradas, como cuando en el cinematógrafo se rompe la película y se da un intervalo de luz cegadora.

Por eso odio el año nuevo. Quiero que cada mañana sea para mi año nuevo. Cada día quiero echar cuentas conmigo mismo, y renovarme cada día. Ningún día previamente establecido para el descanso. Las paradas las escojo yo mismo, cuando me siente borracho de vida intensa y quiera sumergirme en la animalidad para regresar con más vigor. Ningún disfraz espiritual. Cada hora de mi vida quisiera que fuera nueva, aunque ligada a las pasadas. Ningún día de jolgorio en verso obligado, colectivo, a compartir con extraños que no me interesan. Porque han festejado los nombres de nuestros abuelos, etc., ¿deberíamos también nosotros querer festejar? Todo esto da náuseas.

Espero el socialismo también por esta razón. Porque arrojará al estercolero todas estas fechas que ya no tienen ninguna resonancia en nues-

tro espíritu, y si el socialismo crea nuevas fechas, al menos serán las nuestras y no aquellas que debemos aceptar sin beneficio de inventario de nuestros necios antepasados.

1º de enero de 1916

EXCLUSIÓN

El idiota con decoro, el famoso... "aria ai monti" [mote con el que se conocía al alcalde de Turín, Teofilo Rossi], que sigue llevando sobre su pecho, con sus ribetes grises y verdes, las condecoraciones germánicas y austriacas, tenía que hablar. En Turín hay un Museo del *Risorgimento* italiano; y una comisión municipal que lo controla. El alcalde nunca ha considerado que esta comisión tuviera que tener, como sí tienen las otras comisiones, un representante de la pequeña minoría socialista.

La cosa no me importa en absoluto. De hecho, en lo que a museos se refiere, yo me siento más bien futurista. Pero mis amigos, que creen ser la historia maestra de la vida, quisieran tener representación en esa comisión, al menos para impedir algunas injusticias históricas y evitar que estas instituciones se conviertan en instrumentos de partido o parte. Pues bien, el idiota con decoro, que vende vermouth y presume de saber historiografía, justifica la exclusión de una manera que irrita a mis amigos pero que a mi me gusta mucho. Dice el idiota con decoro: "Ustedes, los socialistas, niegan la monarquía; la monarquía hizo Italia; la historia de Italia se basa en la historia de la monarquía. Por tanto: los socialistas deben permanecer alejados del Museo del *Risorgimento*".

¡Cuánta razón! "Aria ai monti"... con o sin medallas austro-germánicas, tiene razón. Ningún discurso resulta más significativo que el que, en el pleno de ayer, donó a nuestra hilaridad.

Para "aria ai monti", Garibaldi, Mazzini, el pueblo entero, el de las *cinco jornadas* [de Milán, 1848], o las *diez jornadas* de Brescia [1849], leonesa de Italia, pasan a en segundo plano.

La monarquía por encima de todo (ocho líneas censuradas).

7 de enero de 1916

TEMAS PARA UNA MAESTRA MUNICIPAL

No sabemos si, cuando se contrata a las profesoras de las escuelas municipales, entre los distintos órganos femeninos sometidos a examen, se ausculta también ese muy delicado destinado a la fecundación.

Aún sin tener la competencia uterina del profesor Vejiga, todos sabemos que el órgano al que hemos hecho alusión suele a menudo hacer las veces de cerebro y sirve incluso para razonar. De ahí que resulte conveniente, antes de confiar a las maestras el cuidado de sus alumnos, asegurarse sin sombra de duda que su órgano principal reúne las debidas condiciones.

Una de las maestras del colegio Vittorio Alfieri, sin duda, necesita, para su desgracia, de los cuidados del profesor Vejiga. Puede que haya estudiado en un colegio de curas o también que haya dedicado tres cuartas partes de su vida a buscar en vano un marido. Si es así, habría con qué explicar, al menos en parte, los motivos de su cretinismo. Pero para llegar al extremo al que llegó nuestra maestra, no cabe otra que concluir que tiene ese órgano estropeado.

Juzguen ustedes. La maestra en cuestión planteó a sus alumnos el siguiente tema para que lo desarrollaran: "Los huelguistas se merecen la reprobación y el desprecio de las personas honestas".

Considerando que los padres de los alumnos no pocas veces no habrán tenido otra salida que hacer huelga, se sigue que los alumnos deberán aprender a despreciar a sus propios padres y a amar con pasión a los patronos que consienten a los proletarios sobrevivir.

Las enseñanzas de la señora maestra resultan más que edificantes. Y celebramos con tal entusiasmo sus métodos que nos permitimos contribuir a sus esfuerzos sugiriéndole algunos temas más que podrá desarrollar como estime oportuno:

- Los verdaderos benefactores de la humanidad son los ricos, porque acaparando toda la riqueza evitan que los pobres se envecien.
- Todos deben darse por satisfechos con las condiciones de vida que les tocaron en suerte; pero no es justo que una maestra, ni con el paso de los años, no logre encontrar marido.
- Los empresarios que abastecen al ejército son ejemplos vivos de honestidad y desinterés.

- El deber del buen ciudadano es consentir, sin jamás gritar, que le sometan a esas operaciones que suelen practicarse sobre las ocas.
- La carestía de la vida y la carestía de los alquileres los mandó Dios sobre la tierra para favorecer a los seres humanos.
- El ayuntamiento paga a la maestra para que eduque a los escolares; la maestra los embrutece; los responsables municipales lo celebran.

5 febrero 1916

LA BUENA PRENSA

Me gusta entretenerme ante los escaparates de las librerías y deslizar la mirada por los volúmenes expuestos, intentando grabar en mi memoria la imagen de aquellos que quisiera tener. También me paro delante de las librerías llamadas religiosas, y cada vez que lo hago no salgo de mi asombro. Siempre ocurre lo mismo: veo volúmenes y más volúmenes, sobre cualquier tema, y sobre muchas de sus portadas aparece impresa la mención "vigésima", "trigésima", hasta "quincuagésima edición", y me pregunto: ¿cómo es que libros con semejantes tiradas resultan desconocidos o casi para el mundo de la cultura?, ¿cómo es que nadie habla de esos libros?, ¿cómo es que escapan al juicio de la crítica científica y literaria? No puedo creer que las tiradas anunciadas sean un *bluff* editorial, de ahí mi admiración hacia, y envidia por, esos curas que logran efectos tan contundentes con su propaganda cultural.

Lo cierto es que prestamos poca atención a este lento trabajo de empantanamiento intelectual al que se dedican los curas. Se trata de algo impalpable, que se escurre como la anguila, blando, que no parece consistente y que, sin embargo, viene a ser como ese colchón que aguanta los cañonazos mejor que los muros fortificados de Lieja. Resulta increíble la cantidad de opúsculos, revistas, folletos, hojas parroquiales que circulan por doquier, que pretenden infiltrarse hasta en las familias más refractarias, y que abordan muchas más cuestiones además de la religión. Recuerdo, por ejemplo, que, hace dos o tres años, cuando hasta el *Corriere della Sera* atacaba a los productores de azúcar por la odiosa especulación que practicaban –y que ahora practican como nunca– tuve entre mis manos un folleto, no más de una cuar-

tilla ilustrada, uno de esos misterios no sé si semanal o mensual, que una beguina se encarga de distribuir por los pueblos a cambio de una suscripción anual de diez céntimos. Pues bien, en ese misterio estaba, por una cara, la efigie de Jesucristo en la cruz padeciendo el último ultraje y, por la otra, la invitación impresa a rezar esa semana (o ese mes) por los pobres productores de azúcar tan injustamente perseguidos por los enemigos de la religión, es decir, los socialistas y la ineludible masonería. Sugerente analogía la de un Cristo en cruz y un [azucarero e industrial como Emilio] Maraini atacado por [el diputado radical, Edoardo] Giretti. Se trata de un ejemplo: es tan sólo un ejemplo. Y sin embargo, recuerdo que me dio qué pensar y me vuelve a la mente cada vez que me paro delante del escaparate de una librería religiosa y veo alineados todos esos volúmenes de apariencia humilde, de apariencia alejada de los fáciles atractivos de la elegancia exterior, de apariencia inofensiva. Y me pregunto cada vez: ¿con qué condenado pariente de Maraini habrán emparejado esta vez al buen Jesús, estos fariseos de la buena prensa?

16 de febrero de 1916

EN DEFENSA DE UN LADRÓN

Ese empleado de la *Banca Commerciale* que consiguió apropiarse cuarenta mil liras, sin duda dio un buen golpe. El disfrute de su hazaña duró, sin embargo, menos que aquellas rosas. Por mucho que preparara su plan, lo han descubierto y arrestado. No le han dado tiempo siquiera para disfrutar de ese dinero que consiguió sin sudor, pero con gran riesgo. Ha tenido que renunciar al pisito lujosamente amueblado y a la novia con la que iba a casarse por los guardias y la cárcel. ¡Cuántos sueños deshechos! ¡Cuántas pequeñas esperanzas rotas!

Es un deshonesto —claro, está— que se apropia cuarenta billetes de mil, que abusa de la confianza en él depositada: es un ladrón sin remisión. ¡Así es!

Pero, si fuéramos abogados y nos asignara su defensa, solicitaríamos en el juicio su libre absolución por delito inexistente o, también, nos constituiríamos en parte demandante contra los administradores del

banco que no solo deberían dar cuenta de la ruina a la que han abocado al joven Silvota, sino también responder del delito de incitación al delito.

Silvota, que robó las cuarenta mil liras, llevaba tres años trabajando en la *Banca Commerciale*. Estuvo trabajando tres años con buen ánimo e inteligencia y el banco lo recompensaba con el espléndido sueldo de ¡noventa liras al mes!

La honestidad es la primera obligación del ser humano. ¡Sin duda! Pero hay que ser un héroe para seguir siendo honesto cuando los bolsillos y las tripas están vacíos y cuando, teniendo el monedero ocioso, pasan ante los propios ojos fajos y fajos de billetes.

Echen cuentas. ¿Existe en Turín pensión que dé comida, cama, baño y colada por noventa liras? Y cuando la hayan encontrado, si ganan tan sólo noventa liras, ¿de dónde sacarán para comprar los vestidos decentes y decorosos que ha de endosar un empleado de la *Banca Commerciale*? ¿Y todos los otros gastos? ¡El hombre, en definitiva, no vive solo de pan!

El empleado cometió el error de enamorarse y querer casarse, de querer tener casa propia para disfrutar de los gozos agrídulces de la familia. ¡Ay! ¡El decoro, el decoro!... cuando se gana un sueldo de noventa liras, o se hace eterno voto de castidad o se busca fémina a la que chulear. Nadie se casa si no es con una mujer con una renta anual de cincuenta mil liras.

¡Delicioso mundo burgués!

17 de febrero de 1916

LA REFORMA DE LA POLICÍA

Cosa de sabios, rectificar... cierta y humana cosa..., pero estos malditos sabios deberían procurar cambiar de opinión eludiendo justificaciones que sólo atiendan a sus intereses particulares, para evitar así que algún malicioso insinúe que su sabiduría se limita a saber darle vuelta a la tortilla.

Hubo hace un tiempo -antes de la guerra, claro- una encendida polémica a propósito de los métodos de la policía, y alguno, incluso, se

atrevió a proponer remedios y reformas. Hasta en el campo liberal se acabó comprendiendo que gran parte de la aspereza que asumían en ocasiones las manifestaciones proletarias se debía a la brutalidad de los agentes del orden que, provenientes de los más sucios bajos fondos de la sociedad, mal pagados, despreciados, acabaron convirtiéndose en sacra institución con autoridad incluso para decretar la muerte de un individuo y ejecutar la sentencia en el acto, sin que la opinión pública burguesa se conmoviera siquiera superficialmente. Recuerdo que hasta un diario de Milán estuvo entre los que exigieron que se tomaran medidas, y aconsejó a los policías limitarse a los delitos comunes y mantenerse alejados de las cuestiones políticas. Pero el *Corriere della Sera* protestó entonces con fiereza, aduciendo que las cosas habían ido siempre del mejor modo posible y que quien debía cambiar eran, ante todo, los socialistas; esos, los socialistas, deben enmendarse, ser menos maleducados, etc., etc.

Pero ya no piensa así el *Corriere della Sera* del otro día. Ahí se pueden leer palabras como las que siguen: "Donde se sospeche que se producen actividades criminales es donde la policía, con más determinación, mayor asiduidad y, sobre todo, con más dedicación, debería desempeñar su función de seguridad pública. Porque si la seguridad pública supusiera tan solo asegurarse de que quedan esposados aquellos malhechores que tienen a bien ofrecer sus muñecas, entonces la seguridad pública sería la más insignificante de las utopías...". Palabras sabias. Pero quizá la policía no tenga toda la culpa. ¿Quién enseñó a los policías a ser un peligro para la seguridad pública? ¿Acaso los ladrones, los falsificadores o los subversivos? Estos instrumentos de la justicia, ¿deben echarse a la bartola? ¿Acaso no los vemos siempre, ya sea escondidos u orgullosos, merodear por nuestras reuniones, por nuestro bello edificio de la calle Siccardi [sede de la Cámara del trabajo y de la Asociación de los trabajadores], acurrucarse durante horas escuchando discursos, dando de sí mismos un espectáculo ciertamente ni edificante ni educativo? ¿Y cómo pretenden que estos desgraciados, si han de vigilar a los socialistas, puedan también estar al acecho de falsificadores o vigilando las guardias donde, desde hace años, se reúnen los malhechores para preparar innumerables robos, y donde se acumulan quintales de carbón robado sin que nadie lo advierta y evite? Conviene, en definitiva, que determinada prensa, la que

representa la opinión de la clase dirigente, aclare sus ideas. ¿Son más peligrosos los subversivos o los ladronzuelos? ¿Cuál de ellos es el mal menor? Hasta ayer el *Corriere della Sera* prefería los ladronzuelos (una frase censurada) [ahora] parece que opta por los subversivos.

Cosa de sabios, rectificar...

18 de febrero de 1916

LA CONFERENCIA Y LA VERDAD

La guerra ha hecho nacer un nuevo género literario: la conferencia patriótica. Así denominan los periódicos todos esos discursos que toman algún hecho cultural o histórico, lo envuelven sobradamente de oportunas palabras y se lo dan recién hecho, calentito, al público para que éste se convenza de alguna tesis y extraiga viático espiritual para este tremendo período que nos toca vivir.

Estábamos convencidos de que los hechos seguían siendo hechos, aún en tiempos de guerra, y que la cultura y la historia son cosas demasiado respetables para que puedan ser deformadas y queden sometidas a las contingentes necesidades del momento. La verdad siempre debe respetarse, sean cuales sean las consecuencias que se extraigan de la misma; y las convicciones, si son viva fe, deben encontrar en sí mismas, en su propia lógica, la justificación de los actos que se considera hay que acometer. Con la mentira, con las falsedades facilotas no se construyen más que castillos de arena, que otras mentiras y otras falsificaciones pueden derruir.

Aquí, en Turín, hemos oído en estos últimos meses no pocas conferencias, y de alguna hemos dado sobrada cuenta, sin atender a la piedad ni al remordimiento. Pero nos hemos quedado, en lo hondo de nuestra alma, con una especie de náusea y de desazón. Porque esta guerra parece haber incitado a la democracia facilota y charlatana a volver a poner en circulación, e intoxicar los espíritus con, todos esos lugares comunes que con tanto esfuerzo habían logrado deshacer y erradicar los socialistas. Por muchos de estos motivos, la democracia es nuestra peor enemiga; y con ella debemos estar siempre dispuestos a luchar con los puños, porque enturbia la clara separación entre clases y pre-

tende convertirse en los muelles de la carroza que aligeran el peso de los pasajeros y evitan los sobresaltos que puedan hacerla volcar. Y no es que las conquistas democráticas no sean deseables, pero deben ser sólo como medio y posibilidad para lograr un desarrollo más rápido, no como fin último de la historia. Deben, en suma, ser instrumentos de la lucha de clases y no motivo de baboseo y achuchón generalizados. Debemos tener presente que la propedéutica de la guerra se construye sobre una clave y unos motivos democráticos, y que la democracia abusa demasiado de esta su posición para soltar ante las candilejas de los escenarios hombres que mejor estarían en la sombra de las plateas, porque no siendo nadie nada pueden decir, ninguna voluntad hacedora de historia pueden crear. En Turín hemos asistido a un verdadero diluvio de personalidades y personajillos democráticos. Han logrado decir todas las bobadas, todos los lugares comunes. Y harían bien los proletarios en frecuentar con más asiduidad esas reuniones conferenciantes. Podrían sacar ahí las mismas enseñanzas que sacaban los espartanos cuando veían a los ilotas borrachos, y, de paso, se reírían un buen rato...

19 de febrero de 1916

DEFORMACIONES

Bajo el sol que hace renacer todas las cosas mortificadas por el invierno, observo, como inmerso en un letargo, el alegre enjambre de niñas que en la colina se desahogan en juegos sin sentido, en griteríos, en carreras locas, todas felices en esta tarde dorada, lejos de las estufas y de las aulas del pueblo donde florecen los naranjos, pero también el hongo y el moho. Observo sin pensar, por el placer de mirar la escena, los colores, la ciudad que amo ver intensa y activa en los otros, especialmente cuando menos creo poder vivirla así yo mismo.

Pero habrá llegado la hora establecida, porque dos señoras llaman y hacen ponerse en fila a las niñas, ordenadamente... y un himno marcial se levanta de ese coro de vocecitas y, con paso ritmado, el enjambre se aleja. Bajo el sol que relaja la rigidez de mis nervios, sigo el vocerío que se aleja, oigo cambiar los motivos de la canción pero no el ritmo de sus versos marciales, y sonrío mientras pienso en los ejércitos de

aguerridas amazonas que la escuela quiere regalar a la nación.

No entiendo por qué niñas de ocho o nueve años deben verse obligadas a ceñir sus gestos al caminar de las ocas de Estrasburgo, y sus usos mentales al repetir y repetir banalidades que los poetas de turno creen deber propinar también a los chiquillos de las escuelas primarias.

Me gusta ver jugar a los niños, porque los sé libres en sus comportamientos; sin reglas de juego, sin normas de honor; su fantasía crea mundos ficticios, que no tienen ni lógica ni códigos, y por donde ellos se mueven. Pero, como en los cuentos de Oscar Wilde, siempre hay alguien que estorba, que impide que sus vidas se expandan. La maestra ordena la fila que ya entona los primeros versos y se cuida de que nadie yerre el paso o la nota. La maestra representa la sociedad media con sus prejuicios y su aridez, con las vanidades y las debilidades de tanta gente que quiere involucrar también a los niños en cualquier manifestación política o religiosa y les obliga a levantarse a las cinco de la mañana para que puedan ir a la estación a homenajear al [primer ministro Antonio] Salandra, o al cementerio a honrar a un ilustre difunto... y en lo mejor de sus juegos, cuando la brisa suave, templada, del campo invita a estas pequeñas víctimas de las ciudades a perseguirse por entre los setos o a unirse en pequeños grupos para intercambiarse ocurrencias e ideas disparatadas, la maestra ordena la fila; la piernas deben levantarse rectas y acompasadas siguiendo el ritmo de unas palabras convencionalmente marciales y patrióticas para volver así a la grisalla de la vida, al enorme caserón, a la calle peligrosa, a la árida escuela, hecha de mecanicismos, como los del paso de desfile y las cancioncillas que se repiten no por lo que significan sino por cómo suenan...

21 de febrero de 1916

PERROS RABIOSOS

"Perros rabiosos": es el gracioso mote que nos pone uno de tantos folletos semiclandestinos que pululan a la sombra de la Mole; ese folleto que, dentro de la actividad humorística del Piamonte, se dedica a las cuestiones de política exterior y que cada semana, para aumentar la